



# Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

**DOLORES ESTRADA**



Actriz de talento,  
discreta, estudiosa,  
sus dones el arte  
la dió por hermosa.

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Sistemas de hacer comedias, IX, por Mariano Pina Domínguez.—¡Dode mil pesetas!, por Eduardo Bastillo.—La vengativa, por Jacinto O. Picón, dibujos de Cilla, fotografías de Ronca y Compañía.—El marañal de los flacos, por Juan Pérez Zúñiga.—Miniatura, por Ginesio Delgado.—¡Oh, la lectural, por Francisco Aguado Arnal.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Dolores Estrada.—Suma y sigue.—Anuncios, por Cilla.



No está bien que uno hable de sí mismo, pero hay circunstancias en que lo recto de la intención disculpa lo atrevido de la forma.

Yo he publicado un libro con el título de *Titirimundi*, y deseo, como es natural, que se venda cuanto antes. ¿No se ve aquí una rectitud de pensamiento digna del mayor elogio?

No me hubiera costado mucho trabajo encontrar un amigo a quien confiar la dulce tarea de elogiar mi obra, pero quiero introducir la novedad de ser el autor mismo quien la jalee, y con este fin escribo las presentes líneas.

Nadie podrá hacerlo con más interés que el propio padre de la criatura; por consiguiente, renuncio al apoyo del amigo y me voy derecho al lector para decirle:

—Compre usted el *Titirimundi*, y me dispensará un señalado servicio. Es la primera obra que publico por mi cuenta. No le digo á usted más.

Pero puede que me suceda lo que á aquel joven vate que escribió un libro de versos y tuvo que pasar las penas del purgatorio antes de darlo á luz. Gastó en la impresión todas sus economías, se peleó con dos impresores, rodó las escaleras de casa del encuadernador, le dejaron caer encima un paquete de veinticinco tomos y... vendió tres ejemplares del libro á otros tantos parientes que lo leyeron, y desde aquel día le retiraron el saludo.

No hay nada más grave que publicar libros por cuenta propia. Yo, desde que he echado el mío á la calle, ando triste y taciturno creyendo que los transeúntes me miran con mala intención y que alguno va á acercarse diciéndome:

—Ya he visto el libro en el escaparate de Fe, pero allí se puede estar toda la vida, porque no pienso comprarlo.

Mi primera intención fué ir á ver al ministro de Fomento y pedirle que me tomara 100 ejemplares, siguiendo la costumbre de todos los ministros, que en cuanto ven un libro malo, ya están adquiriéndolo con destino á las bibliotecas populares; pero estoy seguro de que si voy á ver al Sr. Linares Rivas no me recibe y si le hago por escrito la petición me dirá seguramente:

«He tomado nota de sus deseos y procuraré aprovechar una ocasión para ver si es posible encontrar el medio de complacerle.»

Que es lo que suelen contestarme mis paisanos cuando les he pedido cualquier favor insignificante.

De modo que renuncio al apoyo oficial y me entrego en brazos del público sano, de ese público que lee mis pobres artículos y no me guarda rencor ni me maldice, y antes, por el contrario, suele decir con una benevolencia que agradezco en el alma:

—¡Pobrecillo! Se ve que el pobre hace todo, cuanto puede por distraernos.

Y ésa es la verdad, lector cariñoso. Yo hago lo posible por espantarme tus simpatías; yo procuro amenizar las horas de tu existencia buscando asuntos cómicos con verdadero afán y presentándolos sin pretensiones y con el único fin de distraerte. Claro que tengo que repetirme, porque vengo escribiendo hace muchos años:

el mundo es siempre el mismo; yo no tengo más que una naturaleza y mi ingenio es insignificante, pero bien sabe Dios que el propósito no puede ser más honrado, y si no te diviertes con mis artículos, yo no tengo la culpa.

En este libro que ahora pongo á la venta, he procurado reunir la mayor suma de alegría posible, para que tú te diviertas y yo salga ganando. Con un poco de buena voluntad de tu parte y con el precioso prólogo de Picón y los bellísimos dibujos de Cilla y lo esmerado de la impresión y lo satinado del papel, quizá logre mi laudable propósito, y ésta será la mayor honra á que pueda aspirar un escritor humilde.

Vuelvo, pues, á rogarte que adquieras el libro. Yo no debo decirte que es ameno, pero lo diré, aunque sea mentira, para moverte á que lo compres.

A las personas de mi familia les ha gustado mucho; solamente un tío que tengo, por parte de madre, hombre severo, que ha sido diputado provincial y se dedica á estudiar planes de Hacienda y á dar jaquecas á su esposa (y mi señora tía), le ha puesto reparos, diciendo que el hombre ha nacido para cosas serias y no para escribir majaderías sobre patronas, señoritos cursis y demás gente ridícula.

—¡Pero tío!—le objeto yo.—¿Hemos de pasarnos la vida meditando acerca de los sinsabores del mundo?

—Más vale que en vez de escribir esas cosas, que á nadie interesan, te dediques á estudiar el arduo problema de la emigración, que roba brazos á la agricultura.

Fuera de mi tío, que es un espíritu recto, incapaz de reírse, y de un periodista de Cáceres que se firma *Autófilo* y me llama insulto, las demás personas á quienes he hablado del libro dicen que les agrada; y alguno, como Eustaquio Cabezón, poeta cómico y amigo excelente, me regaló una botella de Jerez de *Manuel Misa*, *Raya M.*, en prueba de admiración por haber escrito el *Titirimundi*.

Bien sé que sin la poderosa ayuda de mi querido amigo Picón, que ha hecho un prólogo soberbio (salvo los piropos que me dirige y que no merezco), y sin los bellísimos dibujos de Cilla, mi compañero de siempre, el libro no tendría la importancia que todos le reconocen; pero hay que convenir en que por mi parte he estado bastante bien.

Dicho todo lo cual, doy fin al presente artículo elegíaco, que tengo la franqueza de suscribir para que vean ustedes que rompo los antiguos moldes y no hago lo que algunos literatos insignes que se subscriben ditirambos y los introducen de matute en los periódicos.

En fin, el libro es precioso. Créame ustedes á mí.

LUIS TABOADA.

## SISTEMAS DE HACER COMEDIAS

IX

Los arreglitos  
que yo *perpetro*,  
y me producen  
tanto dinero,  
llegan de Francia  
por el correo,  
y sin tocarles  
van al estreno.  
Ni el plan varío  
ni el argumento,  
ni quito nada,  
ni nada enmiendo.  
Llegan, se hacen,  
salen al pelo,  
cobro el trimestre  
y... ¡jole, salero!  
¡Qué gran oficio!  
Lo recomiendo,  
¡A él, periodistas  
de poco vuelo!

Las obras *mias*,  
que muchas tengo  
(pues de lo malo  
siempre hay exceso),  
poquito á poco  
las voy zurciendo;  
en acto ahora,  
y otro acto luego,

dale que dale,  
tieso que tieso.  
Por la mañana  
me pongo á ello,  
con mis cuartillas  
y mi tintero.  
Si estoy de vena,  
corro que vuelo;  
y si me atasco,  
me paro en seco.  
Huyo de tesis  
de altos conceptos,  
y de lo clásico,  
y de lo tético.  
Sólo procuro,  
con gran empeño,  
no oler á sabio,  
ni hablar en serio,  
ni dar el opio,  
ni ser *latero*.  
Con tal marchita,  
¡gracias al cielo!  
desde hace años  
me las gobierno.  
Y sin apuros  
ni vilipendios,  
como quien dice:  
¡vamos viviendo!

M. PINA DOMÍNGUEZ.

## ¡DOCE MIL PESETAS!

¿Has visto la *Guía*?

del jugador que llegue á los Madriles  
dispuesto cualquier día

á tirar á la calle algunos miles.

¡Recuerda mi lector á aquel Postigo  
cuya pustrera carta di en traslado,  
dirigida á un marqués que aún es mi amigo  
y autoridad que siempre he respetado!

Pues del Postigo aquel, que quedó abierto  
hasta después de muerto  
del monte tras un salto de suicida,  
es el *guiso* ó norte que hoy convida  
á conocer peligros y asechanzas  
del orgullo Jorge en malandanzas.

Su carta era docuente,  
mas no quiso entenderla mucha gente,  
y hoy su *Guía*, ya impresa,

causa á la autoridad mayor sorpresa  
que una sorpresa, á veces *prevista*,  
con que quiere asustar un polizonte  
á los que pasan la azarosa vida  
tirando cartas ó tirando al monte.

Otra póstuma al fin, ya gana el juicio,  
que ahora merece á la alarmada prensa;  
no halla el Gobierno en ella desperdicio  
y en perseguir el desastroso vicio  
ya de verdad y decidido piensa.

¡Oh, *Guía* prodigiosa!  
Para tu autor no vales ya gran cosa:  
mas brújula has de ser del mareante,  
ó del alegre, incauto forastero  
que el Centenario tiene por delante  
y á la corte se viene con dinero.

Son doce mil pesetas  
las que á un Círculo entrega un empresario  
por solo un mes de *aburra* y *maratón*  
con su *puerta* de impuesto extraordinario.

¡Doce mill Méditemos.

Un capital sin quiebras ni reverses,  
Pues, con la *Guía* y todo, ya irán *mejor*  
á dejar capitales á intereses.

EDUARDO BUSTILLO.

## LA VENGATIVA

Yo iba todos los días á la Universidad por el mismo camino, bajando á desembocar en la Puerta del Sol por la calle de Carretas, seguía luego las del Carmen, Postigo de San Martín, traviesa de Moriana... no hace falta pasar de aquí, porque precisamente en este trecho era donde me encontraba á Rita, que venía siempre casi corriendo en dirección á su taller, situado en la esquina de la calle del Candil. Durante las primeras semanas del curso no hicimos más que mirarnos al pasar uno junto á otro; después, á fuerza de vernos diariamente, sonreíamos; luego acabamos por saludarnos, y por fin, buscando



ambos pretexto para la aproximación, una mañana nos detuvimos á oír cantar á un ciego, hablamos confirmando todo lo que nos teníamos dicho con los ojos, y desde aquel día adquirimos la costumbre de salir más temprano de nuestras casas para callejear juntos un rato antes de meternos ella en el taller y yo en clase. Luego vino el ir por las noches á buscarla, el llevarla algunas veces al teatro, tomando chocolate á la salida y dejándola en la puerta de su casa, y por último, el subir con ella; en fin, todo ese poema que algunos tachán de cursi cuando lo ven escrito, y que, sin embargo, es mejor que la *Divina Comedia*. Recuerdo perfectamente que esto ocurría cuando en clase de derecho romano explicaban los modos de manumitir y en clase de derecho civil lo referente á barragantías. No hago el retrato á pluma de Rita porque lo considero inútil.

El lector que tenga veinte años le estará viendo á todas horas, y el que sea viejo en los rinconcillos de sus más gratas memorias hallará la imagen de alguna semejante cuyo recuerdo le remoce. Baste decir que yo enamorado, ella mimosa, jóvenes ambos, el cuarto pequeño, la libertad completa... ¡Cómo me veía del pesimismo de Schopenhauer!

Rita era sincera, natural y modesta: para ser feliz le bastaba querer y ser querida, importándosele muy poco los vestidos, las galas y perifollos con que otras se vuelven medio locas. Le gustaba la ropa interior algo fina y perfumada, pero le tenían sin

cuidado las modas y los adornos. Semejante á las hijas de los confiteros, que suelen no comer dulces, las sedas, los rasos y los encajes la dejaban indiferente y fría.

En cambio, yo tenía la debilidad de *presumir y pintarla*: era presuntuoso y vanidosuelo; en vestirme, imitando á los que suponía elegantes, gastaba relativamente más que en comer, y como disponía de poquísimo dinero, iba, sin sospecharlo, hecho un verdadero mamarracho. Ahora me doy cuenta de ello, porque entonces creía ir tan majo y bien compuesto que, recreándome en mí mismo, me miraba de reojo en los escaparates de las tiendas. Esta falta de juicio, en lo que se refiere al modo de vestir, por ejemplo, no era más que una manifestación secundaria de mi vanidad, un detalle que apenas puede dar idea de lo tonto que yo era, con esa tontería propia de los pocos años, que consiste en atribuir importancia á cosas que no la tienen. Hecha esta confesión, se comprenderá fácilmente que la posesión de Rita no podía satisfacerme por completo.

La pobre muchacha, que con gentil desenvoltura me había entregado su corazón y la llave de su cuarto, empezó á parecerme conquista de poco más ó menos; me mortificaba verla medianamente calzada, siempre con el mismo vestido, sin guantes, con aquel eterno velo pardo como ala de mosca y aquel paraguas sin mango y más rasgado y más viejo que una bandera de Atocha. Mientras no pasé de amante meritorio no me fijé en nada de esto; sin duda la impaciencia mermaba mis facultades de observación. Pero en cuanto fui propietario de los encantos de Rita, comenzó á molestarme aquella completa carencia de lujos y de galas. Ella tenía la elegancia, no en las ropas, sino en la figura, y esto no me bastaba.

Mi corazón y mis sentidos estaban satisfechos: mi vanidad era más exigente. Yo hubiera querido, no sólo poseerla, sino lucirla; y con aquellos trajes, mejor dicho, con aquel único traje de cuadritos blancos y negros, no había lucimiento posible. El acompañarla por las mañanas no me importaba gran cosa; pero el ir á recogerla al oscurecer, cuando más gente andaba por las calles, me crispaba los nervios. Claro está que, como tenía buen palmito y mejor talle, todo hubiera podido arreglarse dándole algún dinerillo, con el cual ella se habría compuesto mejor que una duquesa; mas por desgracia, el tío que, según él aseguraba, me servía de padre, nunca se hizo cargo de mi edad ni de mis necesidades, limitándose á pagarme la casa de huéspedes, los libros y matrículas, y las cuentas de ropa con grandes limitaciones. Para el bolsillo me daba ocho duros al mes, cantidad ridícula que no me permitía vestir y engalanar á Rita como yo hubiera querido: así que mis obsequios no pasaban de abanicos de á peseta, algún par de guantes baratitos, paquetes de horquillas, flores cuando había gran abundancia de ellas y algún cucurucho de fresa cuando valía tan poco que hasta mi patrona la ponía de postre.

Apesar de esta forzosa tacañería, que debiera de haberme hecho más prudente, como ya he dicho que era presuntuoso y vano, siempre estaba hablando de las haciendas de mi tío, de los cupones que le cobraba y de la cuantiosa herencia que había de dejarme; todo lo cual escuchaba Rita con la mayor paciencia y sin más protesta que alguna sonrisa de desconfianza. Indudablemente había adivinado que ni mi tío era tan rico como yo decía, ni, aun siéndolo, me hubiera dado lo que mi vanidad pedía; pero, fuese porque la pasión la hiciera indulgente, fuese porque me consideraba como un remedio necesario contra las largas y frías noches del invierno, lo cierto es que ella transigía con mi estúpida costumbre de exagerar grandezas y mentir esperanzas. Por último, se conoce que, en fuerza de tolerarme embustes, comenzó á despreciarme sin saberlo; se creyó más segura de mí, y dió en cuidarse y componerse tan poco que iba peor vestida que niñera mal pagada. Este desaliño y falta de coquetería me ocasionaban muy malos ratos. En primer lugar, porque me hacía poquísima gracia tener que ir con ella por la calle, y luego, lo confieso, porque no me gusta bebida en vaso tosco ni mujer mal perjeñada. No pensé en dar el grito de independencia, pero comenzó á parecerme fatigosa la escalera de su casa, mezquino su cuarto, y hasta ordinarias y rasposas las almohadas de su cama.

Á estos motivos de disgusto había que añadir otro más grave. Me faltaban muy pocos meses para entrar en quintas, y tenía casi la seguridad de que mi tío no había de querer librarme si me tocaba la *suerte* de soldado.

Coincidiendo con estas inquietudes de mi espíritu, quiso la casualidad que se mudase frente á la casa en que yo vivía una señora viuda, de treinta y pico de años y muy hermosa.

Tal me pareció entonces. Luego, á costa de mis ilusiones, cuando ya el mal no admitía remedio, adquirí el convencimiento de que me había equivocado.

Los treinta y pico eran una ficción engañosa; de senora tenía

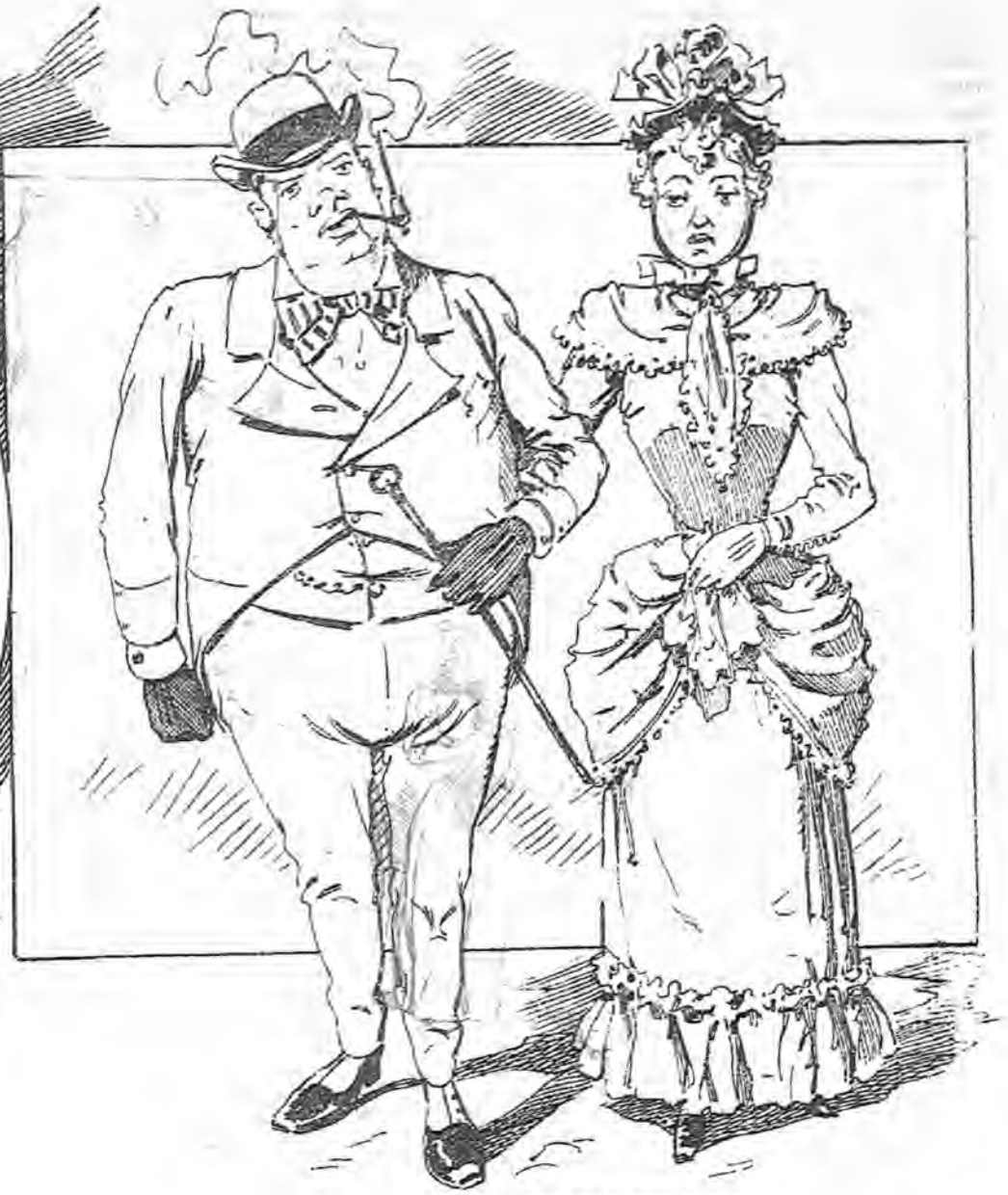
# SUMA Y SIGUE



—Esta vez has venido muy elegante, Lucio.  
—¡Qué quieres! ¡Se han empeñado los de Valdeacerda en que venga de comisionao al Congreso de gallinicultores!



—¿Quedrás creer que ya estamos pa acabar lo de la Cibelea?  
—¡Ya?  
—Sí; pero el mes que risutenemos que echar la fuente pa otro lao, y hay tela cortada.



El viene muy guapo y ella no está mal. ¡Serán el asombro de la capital!



—Dicen que son solteros algunos chicos de la banda mejicana. ¡Y a éstas les gustaría tanto partir para México!



—¡La cabalgata, las fluminaciones... ¡puff! me revientan todas las expansiones del populacho.



—¿Quién sabe? Puede que venga algún forastero con posíbles que no sepa lo que aquí sabe todo el mundo.



—¡Nosotros sí que nos vamos a divertir de firme!



—¿Qué barbaridad de espectáculos!

poco; la vindex era una gran mentira, y lo que al principio juzgue hermosa era un compuesto indefinible de restos aderezados con aparatosa maestría. Su belleza era un imperio en decadencia; sus encantos, despojos de rico banquete donde se habían regalado muchos; su cuerpo, comparable a un billete de Banco, siempre grato para recibirlo, pero ya muy manoseado.

En lo que no dejaba nada que desear era precisamente en aquello de que carecía Rita y yo echaba tanto de menos. Se vestía con primor, cuidaba de su persona con idolatría, era elegantísima, tenía modales de dama aristocrática y detalles de cortesana. Al cabo de los años he caído en la cuenta de que le sobraba edad para haber podido ser mi madre; he comprendido que sabía más que yo, especialmente del amor y sus excesos, y evocando recuerdos he llegado a persuadirme de que yo no la conquisté, sino que ella se apoderó de mí fascinándome como la serpiente al pajarillo. Tenía por temperamento un incendio y yo jincauto! fui uno de sus últimos bomberos.

Todo un invierno pasé compartiéndome entre la pasión sincera y juvenil de Rita, y el amor artificioso y experimentado de Ramona, a quien mentalmente no puedo menos de llamar dona Ramona.

Sin duda por aquella continuada duplicidad de sensaciones me puse malo; el médico me obligó a tomar las píldoras de hierro por docenas y el aceite de hígado de bacalao por litros.

Rita y Ramona fueron a verme y asistirme. En vano procuré que lo hicieran a distintas horas. Un día se encontraron en mi cuarto, cometí la torpeza de querer estar igualmente expresivo con las dos, y ambas comprendieron la doble traición de que eran víctimas. Se pusieron verdes, Ramona calificó a su rival de pingo y sinvergüenza. Rita llamó a Ramona vieja verde y señora de camama. Salieron a la escalera poco menos que desafiadas, y si Ramona no atraviesa pronto la calle y se mete en su casa, de fiyo que Rita le arranca hasta el último añadido del moño.



A doña Ramona no he vuelto a verla. Rita siguió cuidándome hasta dejarme completamente restablecido; mas cuando quise ejercer sobre ella mis amorosos derechos de antaño, no lo consintió y además me negó la entrada de su casa. Ruegos, cartas, súplicas, humillaciones, todo fué inútil.

—Te perdonaré—dijo,—pero antes tengo que vengarme. Su venganza fué horrible.

Pocas semanas después de aquello caí soldado y sucedió lo que yo temía. So pretexto de que me había gastado un dineral con Rita, lo cual era mentira, y de que había perdido dos cursos, lo cual era verdad, no quiso más que librarme y fui a servir al rey.

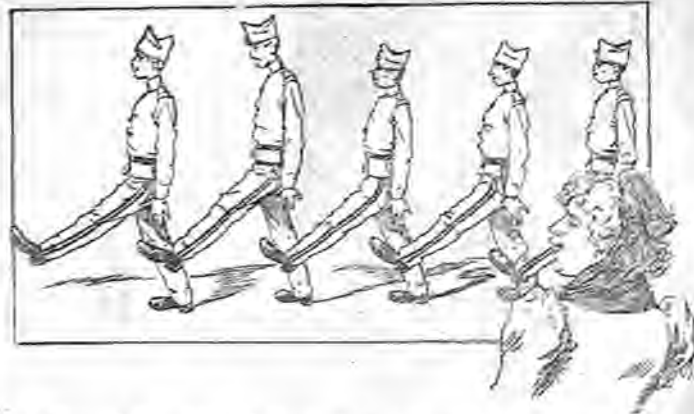
Primero fui al sorteo, y ya he dicho la mala sombra que tuve. Luego, como no servía para ingenieros porque no tenía oficio, ni para artillero porque estaba enclenque, ni para de a caballo porque no sabía montar, ni para cazadores porque no era buen mozo, me destinaron a infantería de línea. Paso por alto la incorporación al regimiento, la prueba de prendas y el mal rato que pasé cuando me cortaron el pelo. Aquella noche no pude pegar los ojos.

Qué diferencia entre el roncar de mis compañeros y aquel apacible-dormir de Rita, que se me venía a la memoria como un recuerdo de venturas perdidas!

Pocos días después salí formando parte de un pelotón a una explanada que había a espaldas del cuartel. Daba lástima verme. Llevaba alpargatas, pantalón y chaqueta de dril entre gris y parca con listas negras, que llaman de rayadillo, y gorro de franja encarnada. A unos cuantos metros de distancia del sitio donde iba a comenzar nuestra instrucción había grandes montones de adoquines, y subida sobre ellos mucha gente ávida de vernos y reírse de nosotros. A la primer vuelta que dimos aprendiendo a marcar el paso oí unas carcajadas que me helaron la sangre. Allí estaba Rita con tres ó cuatro compañeras de taller. Aquello fué horrible.

Ibamos los quintos con el cuerpo derecho, la cabeza erguida, moviendo los brazos, estirando las piernas y cantando acompa-

sadamente al mismo tiempo que el cabo: uno... dos... uno... dos... uno... dos... uno... dos... Cada vez que pasábamos por delante del montón de adoquines, cargados de espectadores, oía yo las carcajadas de las modistillas que, capitaneadas por Rita, se reían de verme sucio, mal rapado y hasta torpe, porque la ira y el coraje me quitaban serenidad y entendimiento.



—Uno... dos... uno... dos... uno... dos...—decíamos confundiendo nuestras voces con la del cabo, y ellas lo repetían, y entre los gritos de todas descollaba, por lo burlesca, vibrante y argentina, la voz de la pícara Rita, que se esforzaba para que yo la oyera, repitiendo sin cesar de mirarme:

—Uno... dos... uno... dos... uno... dos...

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

## EL MANANTIAL DE LOS FLACOS

—Sabrá usted que Luis Hurtado pretendió a Pilar Quesada; mas fué el pobre rechazado porque estaba más delgado que cualquiera bacalada.

«Si engordo, ¿me querrá usted?» (Hurtado la preguntó) Y ella dijo: «Le querré.»

Y para engordar ¿qué haré?

«Comer machisimo?» «No. Beba usted de un manantial que explota un tal Becerril cerca de Navalnoral.»

Allí engordaron cien mil de una manera bestial.»

Al manantial fué el amante, gastando en él atrocemente hasta que engordó bastante, y Pilar, por consiguiente, le dió su amor al instante.

La quiso a la vez Gil Taso, el más delgaducho acaso de cuantos le han hecho el oso, y le mandó más que a paso al manantial prodigioso.

El agua de Becerril costó a Gil un dineral; pero como engordó Gil, Pilar, que estaba febril, le otorgó el sí natural.

A la vez Pascual Marrón, chico muy flaco también,

pintó a Pilar su pasión y ella le dijo: «Está bien. Pero es usted un armazón, y jamás ningún delgado fué por mí correspondido. Total: que al mes no cumplido, le había ya recetado el manantial consabido.»

Al manantial fué Marrón, gastó de oro un celemin, se puso como un cebón, y Pilar le dijo al fin:

«Ya es de usted mi corazón.»

Después de ser explotados y de quedar bien cebados los tres amantes rendidos, puso en los enamorados Pilar sus cinco sentidos, y así que reflexionó, digno marido eligió.

La boda fué en San José.

¿A que no adivina usted con cuál por fin se casó?

¡Fué con Gil!

—No fué con Gil.

Ni tampoco con Pascual.

—¿Entonces con Luis?

—No tal.

—¿Pues con quién?

—Con Becerril, el dueño del manantial.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

## MINIATURA

En el fondo del mar duerme un besugo soñando con caricias de sus hembras. Se ve conquistador, temido, fuerte, terror de cachalotes y ballenas, cruzar el ancho piélago, adulado por cuantos seres el abismo pueblan y amado por millares de besugas de claros ojos y de carnes frescas. Despiértase, por fin, mirando en torno; sacude suavemente las aletas, corre a buscar la gloria de sus sueños y el amplio lecho de corales deja. Nada arriba veloz, mientras se juzga dueño absoluto de la mar inmensa, y de pronto ¡infeliz! se ve cogido en traidora prisión de malla recia. Quiere romper la red, ¡esfuerzo inútil!

el sol en sus escamas centellea  
y muere entre un montón de compañeros  
allá en el fondo de la barca infecta.

Aprende ¡oh, Fabio amigo! en tal ejemplo  
y ¡fíjate, además, en lo que sueñas,  
¡que también á morir en desengaños  
caen en la red las ilusiones nuestras!

SINESIO DELGADO.

## ¡OH, LA LECTURA!

—¡La novela es magistral!  
—...Creo que la producción  
ha de llamar la atención  
por su corte original.  
—¡Me entusiasma el pensamiento!  
—...En detalles ¡qué oportuno!  
—No conozco autor alguno  
que tenga tanto talento  
ni que á escribir le aventaje.  
—Lef un pasaje escabroso,  
y sin embargo, qué hermoso  
me resultó aquel pasaje!  
—...Pues ¿y el caso de atavismo?  
Don Pedro se vuelve loco  
y su hijo Juan poco á poco  
se va volviendo lo mismo...  
—...¡Con el libro ante la vista  
he pasado grandes ratos!  
—Será entre los literatos  
nuestro mejor novelista.

de cierto autor que empezaba  
bajo excelentes auspicios.  
Tantas felicitaciones  
por su libro recibí,  
que al poco tiempo soñó  
con dos ó tres ediciones.  
Soñar no era locura,  
pues la gente le leía.  
¿Quién á negar se atrevía  
la afición á la lectura?  
Mas la gloria no alimenta,  
y pensando en el dinero  
fuese á casa del librero  
á quien encargó la venta.  
Y cuando hubo preguntado  
si ya tenía agotada  
por completo la tirada,  
oyó decir asombrado:  
—Un ejemplar he vendido.  
—Es imposible; si sé  
de muchos que la han leído...  
—Entonces... ¡calcule usted  
las manos que habrá corrido!

FRANCISCO AGUADO ARNAL.

Estos litonjeros juicios  
el público se formaba



Leo:

«El consejo de hoy no tendrá gran importancia. El objeto principal del mismo es, como ya se ha dicho, el examen de varios indultos de pena capital.»

¡Caerno! ¿Y dice que no tendrá gran importancia?  
¡Puede que crea usted que tiene más una combinación de gobernadores!

Mi amigo Juan Salado y Benavente  
ha mandado anteyer desde Salilla  
mil quintales de sal para Sevilla.  
(No habrá nadie que diga, ciertamente,  
que tiene poca sal esta quintilla.)

M. CORRAL Y MAIRÁ.

Pues señor, el caso es que el Ayuntamiento de Madrid acordó enviar  
una lucida comisión de su seno á Huelva, donde no hacía maldita la falta.

Los concejales favorecidos por el nombramiento, en un arranque de  
generosidad, dijeron que irían por su cuenta, cosa que les agradecemos todos  
los administrados, como es de suponer.

Pero ¡ay! ahora salimos con que aquello no fué más que un arranque en  
el calor de la improvisación, y que se les han entregado del erario municipal  
ocho mil pesetas para gastos de viaje y dos mil quinientas para la servi-  
dumbre.

Es decir, que no van solos, sino que llevan criados y lacayos que vamos  
á tener el honor de pagar espléndidamente.

Y no para ahí la broma, sino que han tenido la precaución de cobrar  
los cuarenta y dos mil reales antes de salir de la estación, por, si muere,  
como decía el otro. De modo que saben ya la cantidad exacta que van á  
gastar y se evitan la molestia de andar con apuntaciones y libramientos.

Sólo falta hacer una preguntilla:

—¿Devolverán lo que les sobre? ¡Porque algún pico ha de quedar irre-  
mediablemente!

—Recobra tu libertad,  
dijo un león á un cabrito.  
Y al ver la agusta bondad,  
dijo un ciervo alzando el grito:  
—¡Rediós! ¡Qué poco apenito  
tenía su majestad!

MANUEL ÁLVAREZ.

¿Se han enterado ustedes del asunto del *ases de aceite*?  
Pues verán ustedes cómo para en que echan á un vigilante del res-  
guardo.

Porque los vigilantes tienen esa ganga. Si no dejan pasar el mate, los  
dejan cesantes por desobedecer á quien mandaba que pasara, y si lo dejan,  
los echan á la calle por haberlo dejado.

Y el Sr. Bosch diciendo que todo corre de su cuenta y que él se encarga  
de castigar á quien quisiera, que para eso tiene la energía... y el nom-  
bramiento de real orden.

Libros:

*A vuelo de pluma*, exposición cómica-lírica en un acto y varios cuadros, ori-  
ginal, en prosa y verso, de los Sres. D. Julio Ruiz y D. Enrique López  
Marín, estrenada con gran éxito en los Jardines del Retiro, con música del  
maestro D. Angel Ruiz.

*Canidilla*, colección de artículos humorísticos de D. Germán de la Pe-  
drosa, que revela en ellos ingenio y observación. Precio: una peseta.

*Cristóbal Colón*, narración histórica, con gran copia de datos interesan-  
tes de la vida del descubridor del Nuevo Mundo, por D. Antonio de San  
Martín. Precio: una peseta. Diríjanse los pedidos á los Sres. Hijos de Oli-  
varas, Valverde, 8, principal.

*¡Doble suicidio!*, juguete cómico-lírico en un acto y tres cuadros, en pro-  
sa, original de D. Mariano Muxas y D. Ezequiel Melero, música del maes-  
tro Marín, estrenado recientemente, con éxito extraordinario, en el Teatro  
Felipe.

¡YA se ha puesto á la venta en todas las librerías el nuevo libro de Luis  
Taboada, titulado:

## TITIRIMUNDI

CON UN PRÓLOGO

DE

D. JACINTO O. PICÓN

DIBUJOS DE CILLA

Precio: 3,50 pesetas.

Pueden hacerse los pedidos, remitiendo el importe, á la Administración  
del MADRID COMICO.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

*Colás.*—¡Caramba! ¡No he visto un atrevimiento semejante! ¡Y en versos  
medianos!

*K. D. T.*—No he recibido la carta á que se refiere. A la composición  
aludida no le ha llegado el turno. Y es que como ahora queda, general-  
mente, tan poco espacio disponible...

*Periteminista.*—Pues el principal defecto es que no mide usted los ver-  
sos con el esmero necesario; y le salen algunos como los siguientes:

«Cref que de mi pasión al fiel delirio.»  
«por tí ¡ay! creía en tus juramentos»  
«ángel hermoso del pedestal caído  
que en mi alma te erigió el pensamiento...»

Etcétera. Sin contar con el *fiel* delirio, que debe quedar fuera de cuenta.

*Elafar.*—Lo malo que tiene es que ya es una cosa pasada de puro sabi-  
da que las snegras son aborrecibles.

*Para rayis.*—No le ha engañado á usted el corazón. Porque no son  
todo lo escogidos, etc., etc.

*Casualidad.*—Una advertencia: Los endecaslabos que no tienen once  
sílabas no son endecaslabos. Otra advertencia: *Oleaje* no se escribe con h,  
porque está muy mal visto.

*P. Láz.*—Sobre que la idea no se distingue por su novedad, el roman-  
ce es bastante pedestre.

Sr. D. L. A.—Badajoz.—Lo siento mucho, pero no me queda más re-  
medio que decir otra vez que no podemos admitir artículos.

Sr. D. S. G.—Valladolid.—Por lo visto es á *The Publishing Office*. Por-  
que aquí no hay catálogos en ninguna parte; y nos han pedido un millón  
á estas fechas.

*Volapük 2.º*—Digo á usted lo mismo que á *Elafar*, un poco más arriba.  
Eso de las snegras ya picando en historia, como lo de los caseros, las ve-  
cinas y los *inglises*.

*Una moicita.*—No puedo resistir á la tentación de copiar el principio de  
un pequeño soneto, como usted le llama:

«Divino Colón, ensueño del poeta  
almó poder del genio sublimado  
huye valiente, que el tirano dado  
apunta á ti y á Febo cruel saeta.»

¡El demontre tenía en el cuerpo el tirano *dado*! Apuntar á Colón y á  
Febo con un saeta cruel y no apuntarla á usted con un mal revólver de  
seis tiros.

¿Se publicará?—No, ¡ay!

*Sonrisas.*—Sí señor. Puede usted jurar sobre los santos Evangelios que  
las palabras *si* y *agui*, *José* y *empañar*, *yo* y *no*, son perfectamente conso-  
nantes, y lo eran antes del descubrimiento de América.

ANUNCIOS



Tantos pantalones vende *Presqueras* que ¡ya está visto! tendrá que vender los suyos y quedarse en calzoncillos.  
*Magdalena, 20.*



—¿Ustedes creen que los extranjeros vendrán a ver las fiestas del Centenario? ¡Pues no, señores! ¡Vendrán solamente por comer en el restaurant *Las Tullerías, Matute, 6!*



Nada más distraído, según *Ceryantes*, que las fotografías interesantes.  
(Catálogo, 50 résimos en sellos dirigidos a The Publishing Office, —haverá m.)



—¿Qué bebe usted, don Gabino, a las horas de comer?  
—Dos copas de cognac fino de *Moquer*.  
*Sobrinos de Güineza, Carretas, 27.*

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS  
COGNACS SUPERFINOS

MARCA REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE  
MÁLAGA-MANZANARES



Para recibir dignamente a los extranjeros, lo primero que se necesita es frac.  
—Del Lo primero es una camisa de *Martinez, San Sebastián, 2.*



Siempre obtendrán victoria los matrimonios contra las asechanzas de los demonios, si duermen en cama sobredorada del *Bazar de la Plaza de la Cebada.*

Número 1.



Cuando el agua del *Lozoya* viene tan revuelta y turbia, ¡ciudadanos! es preciso limpiarse las dentaduras.  
*Turo Pérez, Mayor, 73.*



Tiene un bigote *Matías* seductor como el que más, porque le sacan las guías en el salón de *Tomás*.  
*Acala, 40.*



Al ver una botalla del *Aragón* cognac, el corazón le escapa me empieza a hacer tic-tac.  
*Vicente López, Zaragoza.*

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Se adelanta en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil y rápido adelanto, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil y rápido adelanto, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

En el número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

Para suscripciones y vendedores, 10 céntimos número.

EDICIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.180.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS

COMPañIA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20  
MADRID